

## Borrachera de fuego y sangre

Una reflexión histórica sobre la Semana Trágica, de la que se cumplen 100 años

CARLES GEU

“¿Quién hay?”. Y una voz respondió: 'Queremos saquear el convento' Podría ser el inicio de un chiste malo si no fuera porque es el testimonio real de una de las monjas francesas del convento de la Asunción del barrio barcelonés de Poble Sec tras oír tres golpes de martillo en las puertas a las 3.20 del martes 27 de julio de 1909, es decir, el segundo día de la llamada Semana Trágica.



Un grupo de trabajadores levantando una de las cerca de 200 barricadas que se calcula que se formaron en Barcelona durante la Semana Trágica

El relato, buen ejemplo de cómo se desarrollaron en lo psicosocial los acontecimientos, forma parte de una documentación parcialmente inédita extraída del Archivo Secreto del Vaticano a partir del casi centenar de informes que la Iglesia española envió a la Santa Sede y que constituye la gran novedad aparecida en el centenario de uno de los episodios más extraños, y simbólicos, de la historia de España.

En versión homeopática, las protestas por el embarco de tropas reservistas con destino a la defensa de las minas del Rif en Marruecos (en la práctica, una humillante carnicería para el maltrecho Ejército español, tocado

ya por la reciente pérdida de Cuba y Filipinas) desembocaron en una huelga general de 24 horas el lunes 26 de julio de 1909. La paralización del transporte, los conatos de enfrentamiento con los cuerpos policiales y la imposibilidad de mantener abiertos los comercios llevaron al Gobierno, quizá precipitadamente, a declarar el estado de guerra. La respuesta fue que por la noche ya ardía la escuela de los maristas del Poblenou, primer edificio religioso que fue asaltado.

La semana acabaría con 112 construcciones destruidas --80 de ellas religiosas--, 106 muertos, 350 heridos, unos 2.000 detenidos, 739 procesos y 17 condenas a muerte, de las que se ejecutaron cinco. Extraña revuelta, sin embargo: los cerca de 30.000 agitadores apenas tocaron bancos, empresas ni casi fábricas. Y sólo murieron tres religiosos, uno de ellos por infarto. "No deja de ser curiosa una revuelta en la que las criadas de la burguesía pueden ir tranquilamente al mercado de ocho a nueve cada mañana", constata el historiador Joan B. Culla, autor de un libro clave sobre el periodo,

*El republicanisme lerrouxista a Catalunya* (1901-1923). "No fue una revolución, sino una explosión espontánea, no había nada planificado ni dirigido, fue una borrachera colectiva gorda", ilustra Culla, que contrasta los resultados con la masacre de religiosos de 1835 ("ahí la Iglesia era el enemigo claro: estaban con los carlistas") o la persecución de 1936 ("eso ya era, una revolución").

"¿Cómo puede ser que los altercados empiecen como movimiento antimilitar, con, gritos de '¡abajo la guerra!, luego sigan con vivas al Ejército y acaben metiéndose con los religiosos?", se pregunta el historiador José Álvarez Junco, autor de *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia*. Y se responde: "Es un tema cultural el del anticlericalismo español, que en Cataluña era aún más acentuado, y todo ello con un maniqueísmo ideológico facilón". Que la violencia fuera mayoritariamente contra el patrimonio demuestra "el fuerte valor simbólico de las protestas", según el historiador.



Dos policías en la Iglesia quemada de Santa Madrona.

"Barcelona tenía más iglesias y conventos que Madrid, y las órdenes religiosas, tras las desamortizaciones, habían monopolizado la educación y la asistencia sanitaria, y pagaban peor a los trabajadores que los patronos laicos", recuerda el periodista Marc Iglesias frente a la antigua casa palacio de los marqueses de Comillas, donde se manifestaron obreros (el marqués tenía intereses en el Rif y sus barcos transportaban a los reservistas) y que se ha incorporado al itinerario que las bibliotecas municipales organizan en torno a la Semana Trágica, uno de la miríada de eventos conmemorativos que ahora arrancan.

"Barcelona era una olla a presión, con 150.000 trabajadores industriales de unos 600.000 habitantes, donde circulaba desde el anarquismo al antimilitarismo, un alto analfabetismo y unas fuerzas políticas, desde los republicanos a los catalanistas, hostiles al sistema", resume Culla. "En lo único que había acuerdo era en cargarse al presidente del Gobierno, Maura", apostilla Álvarez Junco.

El saneamiento de la ciudad antigua, con la apertura de la Via Laietana, que debía unir el puerto con el burgués ensanche (cayeron 1.000 edificios del proletario casco antiguo), también se sumaba al mal ambiente. "Se quería hacer una Barcelona ideal, también en fotografía. Durante el motín decimonónico hay pocas imágenes de barricadas (y eso que se calcula que se hicieron unas 2001 y muchas contra el patrimonio religioso; la burguesía no tuvo rival fotográfico", apunta el historiador Jordi Calafell, comisario de la futura exposición 1909. *fotografia, ciudad y conflicto*.

Ese magma explicaría en parte, según Culla, que la huelga no se extendiera por España: "Bilbao, Sevilla o Madrid no tenían ese caldo de cultivo". También contó la taimada actitud del ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva, que en sus memorias admite que dejó correr el bulo periodístico según el cual el movimiento era de corte separatista.

Diez mil soldados, enviados de fuera de Cataluña, apaciguaron los ánimos a partir del jueves. Empezaba una represión brutal; eso sí, el lunes siguiente los patronos decidieron, como si nada hubiera pasado, pagar el salario semanal..

**El País, 5 de mayo de 2009**